Ignoraba el arrojado joven la terrible desgracia que caía como una sombra sobre aquel hogar, antes tan tranquilo y lleno de felicidad.

Esparcióse la noticia en los pueblos y ciudades, hasta llegar al paraje donde estaba el hijo infortunado del mártir.

Antes de recibir noticia alguna enviada por sus amigos y parciales, ya en los cuarteles se sabía la nueva fatal, y la efervescencia más terrible y el coraje más desesperado se apoderaba de los insurgentes.

El cariño que profesaban al general les hacía guardar silencio; pero la tormenta no dilataba en estallar.

Llegó al fin un correo, terrible mensajero para el soldado, que dormía al rumor de sus victorias.

Abre el pliego, pasa su vista por aquellos fúnebres renglones, un vértigo ataca su cerebro, y cae desplomado dando un furioso grito.

Los ayudantes lo levantan y procuran tranquilizarlo; pero el hijo llora con todo el esfuerzo de su alma la muerte de su padre.

El velo estaba roto: los insurgentes salen en tumulto de los cuarteles, llevando á la plaza à los prisioneros para inmolarlos.

Todo aquel torrente respira venganza, venganza formidable, que tenía trémulos de espanto á los realistas.

Se oye el rujido del pueblo como el del Océano, y crece, y crece pujante como el huracán.

—¡Mueran los prisioneros! gritan los insurgentes, y aquellas voces se convierte en una sola, retemblando como el estallido del rayo.

Los prisioneros esperan de un momento á otro el golpe del acero sobre sus cabezas; creían llegado su último momento.

—¿Qué pasa? preguntó Bravo saliendo de su estupor.

—Señor, dijo uno de los jefes, los soldados del general Bravo piden venganza, y desean que se les entreguen á los prisioneros.

El clamoreo continuaba como los truenos del cielo.

Aquella era una escena del infierno: los rostros descompuestos, las fisonomías salvajes, las voces estentóreas, y todo entre el sonido de las armas y algunos disparos.

Nada hay más temible que la cólera popular.

La multitud estaba frente á la casa del general, chocando como las olas sobre aquellos muros, en un extrépito horroroso.

Se oía el grito de los niños asustados y las imprecaciones de las mujeres, que estallan con más ardor en sus ódios y resentimientos.

El general aparentaba serenarse por momentos; la primera lluvia del dolor había refrescado su espíritu.

Pensó al principio tomar venganza de aquel terrible golpe; después su semblante se aclaró como el cielo después de la tempestad.

Alzóse de su asiento y se dirigió resuelto al balcón.

Luego que el general se presentó á la vista de sus soldados, pálido intensamente por la aflicción, cuando se renovó la gritería con más extrépito

El joven hizo señal de que guardasen silencio.

Como Dios aquieta las olas encrespadas del Océano, así aquel hombre impuso un silencio solemne á sus soldados.

—¡Compañeros, dijo con voz conmovida: vuestro general acaba de sufrir el último suplicio... esa es la muerte de los héroes!

La patria necesitaba su sangre para ungir su bendito suelo... su sombra está delante de nosotros, para animar nuestro espíritu en la lucha que sostenemos.

Cada mártir que asciende al suplicio, es un ejemplo más de heroismo para los defensores de la independencia.

Pedís á gritos el sacrificio de los prisioneros; eso sería imitar la conducta odiosa y reprobada de nuestros enemigos...

Yo estoy más ofendido que vosotros... ¡yo que he perdido á mi padre!...

Nadie osaba interrumpir al general: la admiración había sustituido á la ira.

—Yo quiero vengarme en nombre mío y en el de vosotros; pero mi venganza humillará á nuestros adversarios.

Compañeros: no vertamos sangre sobre las tumbas de nuestros mártires... ellos quieren los laureles de la victoria, y no los despojos de los combates ni de las grandes matanzas.

En nombre de las víctimas sacrificadas por la ferocidad de los dominadores; en nombre de vosotros, y delante del cadáver de mi padre y de vuestro general, perdono á los prisioneros, y mando que sean respetados hasta volver á sus hogares.

Las grandes acciones hallan siempre un eco en el corazón del hombre.

Levantóse un grito de entusiasmo y admiración; los prisioneros cayeron de rodillas, y arrancaron del fondo de su alma un himno al Dios de las misericordias.

Un viva á la América se desprendió de la multitud: era que los prisioneros se acogían á la bandera sacrosanta de la libertad.

. . . . . .

Esos rasgos sublimes de heroismo, que están fuera de las estendida órbitas del corazón, son meteoros luminosos que se desprenden de siglo en siglo del espíritu humano.

CAPITULO XVIII.

De una fecha memorable en la historia de México.

I.

Morelos había realizado empresas dignas de la *edad media*: su ataque á Oaxaca, el sitio de Acapulco, y cien y cien combates y encuentros en los que había salido siempre victorioso, le daban el renombre que hoy alcanza en la historia contemporánea.

Los insurgentes tenían una inmensa línea disputada por los realistas constantemente, y recobrada á fuerza de valor y de heroísmo.

Rayón, el sucesor de Hidalgo, no daba tregua ni descanso al ene-

migo: derrotado unas veces, vencedor otras, seguía en esa peregrinación que lleva á las puertas de la inmortalidad.

En aquel cuadro majestuoso sobresalían siempre las figuras prominentes de Galeana, los Bravo, el cura Matamoros, Avila, el doctor Cos, y multitud de caudillos que venera orgullosa nuestra generación.

Morelos era la cabeza del gran movimiento revulocionario: llegó el tiempo de pensar no solo en la guerra, sino en la política: era necesario que el cuerpo social comenzase á tomar una forma determinada.

Morelos pensó en la instalación de un Congreso: manifestó claramente que no admitiría el sistema *monárquico* aunque se le eligiera rey.

La Junta de Zitácuaro serviría de base á esta idea, que bien pronto iba á realizarse.

El general llegó á Chilpancingo el 13 de Setiembre del 1813.

Las autoridades, las tropas y la población, salieron á su encuentro; porque aquel hombre era el ídolo de los mexicanos.

El cura atravesó afable entre la multitud, que lo saludaba con muestras de grande interés.

Llegó á la casa donde se le preparaba un magnífico alojamiento, y allí recibió las felicitaciones y los expléndidos homenajes de gratitud y reconocimiento.

Los individuos de la Junta de Zitácuaro estaban á la sazón en Chilpancingo, donde iba á instalarse el primer Congreso de América independiente.

El viejo Quintana Roo, nuestro querido escritor don Cárlos María Bustamante, el licenciado Rayón, Verduzco, Liceaga, Ortiz de Zárate y don José Manuel Herrera, electo en aquellas momentos como representante á la asamblea, rodeaban al caudillo, ablándole de proyectos para el porvenir.

—Señores, decía Morelos: deseo que se reuna el Congreso, para dar cuenta de la misión confiada á mis esfuerzos por don Miguel Hidalgo y Costilla, y declinar la responsabilidad que pesa sobre mis hombros.

—Bastante robustos son, dijo Quintana Roo; y á fé que llevan perfectamente ese peso.

—Señor, agregó el historiador Bustamante: nosotros no somos competentes para resolver esa cuestión; pertenece á la patria y nada más; es ella ante quien se resigna el poder.

—Deseo combatir como el último soldado; pero no quiero mandar: temo que la estrella que ha lucído para mí desde 810, se eclipse, llevando tras sí suerte de un ejército.

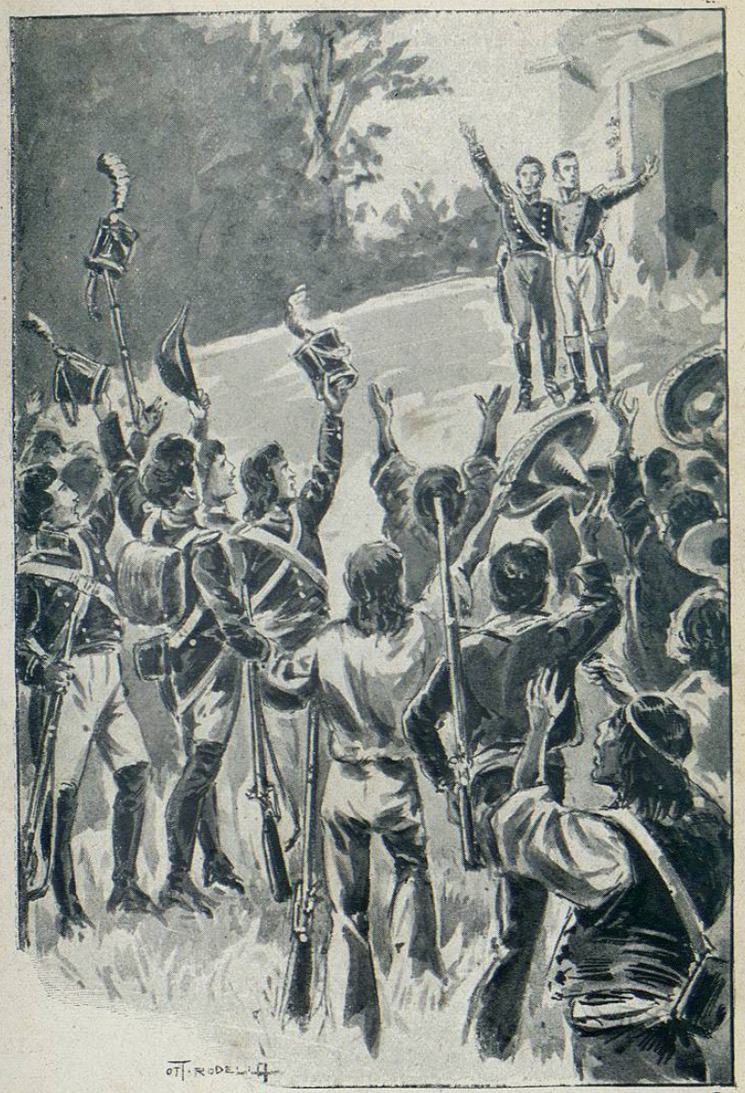
—Adolece de modestia el señor geueral, observó Verduzco.

—Estoy fatigado, y desearía una tregua.

—Creo, repuso Bustamante, que non està en nuestro arbitrio aconsejar esa suspensión á los realistas.

—Estoy convencido, dijo Morelos, de que se necesita hacer un último esfuerzo: nuestros enemigos no abandonarán el terreno hasta el último momento; pero se hace indispensable una nueva organización en el ejército: ya no se combate como el año de diez; la escena ha variado por completo.

—Así lo creemos, dijo Verduzco.



Los dos caudillos salieron abrazados delante de sus tropas, que los victorearon con un entusiasmo sin límites.

Cap. 10.º-1.
¡Viva la América!

Morelos continuó:

—Yo no me hallo investido de las facultades anexas al encargo de un jefe de ejército, y no quiero abusar del estado en que se encuentra la nación; motivo por el cual he creído no solo oportuno, sino indispensable, la reunión de un Congreso.

—Es verdad, dijo Quintana Roo.

—La Junta de Zitácuaro no ha podido conceptuarse hasta el punto de tener una autoridad ampliamente reconocida: era necesario darle mayor suma de facultades, constituir un verdadero poder conservador y al mismo tiempo directivo de la rivolución: cuestiones son estas, que los señores diputados tomarán en consideración en los momentos supremos de constituir el país.

—Aceptamos todos esas ideas, dijo don Cárlos María Bustamante: trabajaremos en dar una Constitución; pero antes proveremos á las urgencias del momento.

—Señores: dijo Herrera, ya es la hora de la reunión; hoy debemos quedar definitivamente instalados.

—Sea cuanto antes, dijo Morelos, y se despidió de aquellos patriotas cuyos nombres debía recordar la posteridad.

II.

Las campanas de las iglesias de Chilpancingo repicaban á vuelo, la artillería se dejaba oir majestuosa como en las batallas, y un entusiasta clamoreo se escuchaba por las calles todas de la ciudad.

Aquella suprema alegría, anunciaba que los representantes de la nación mexicana se reunian bajo la bandera de la independencia, para declarar su alta soberanía ante el mundo civilizado.

En la sacristía de la iglesia parroquial de Chilpancingo se reunieron los diputados, y á las doce del día se abrió la primera sesión de la primera asamblea.

El licenciado don José María Murguía, diputado por *Oaxaca,* fué nombrado presidente, y secretario el licenciado Ortiz de Zárate.

El pueblo y la oficialidad llenaban el ámbito de la iglesia, guardando un silencio de profunda veneración.

El presidente, después de un breve discurso, declaró instalado EL PRIMER CONGRESO DE ANAHUAC EL 13 DE SETIEMBRE DE 1813.

Aquellas solemnes palabras fueron acogidas con el entusiasmo de un pueblo al ver el rayo primero de su libertad.

Morelos se levantó como la gigante figura de la revolución, y con voz sonora, como si el génio de sus mayores le hubiera prestado su majestad, pronunció una alocución, de la cual tomamos algunos pasajes, que importan mucho á la causa de la insurrección y á la historia del célebre caudillo.

—"Señor: Nuestros enemigos se han empeñado en manifestarnos hasta el grado de evidencia, ciertas verdades importantes que nosotros no ignorábamos; pero que procuró ocultarnos cuidadosamente el despotismo del gobierno bajo cuyo yugo hemos vivido oprimidos; tales

son... *Que la soberanía reside esencialmente en los pueblos... Que trasmitida á los monarcas por ausencia, muerte ó cautividad de estos, refluye hacia aquellos... Que son libres para reformar sus instituciones políticas siempre que les convenga... Que ningún pueblo tiene derecho para sojuzgar á otro, si no precede una agresión injusta...*

«¿Y podrá la Europa, principalmente la España, echarnos en cara, á la América, como una rebeldía, este sacudimiento generoso que ha hecho para lanzar de su seno á los que, al mismo tiempo que decantan y proclaman la justicia de estos principios liberales, intentan sojuzgarla, tornándola á una exclavitud más ominosa que la pasada de tres siglos?

«Gracias á Dios que el torrente de indignación que ha corrido por el corazón de los americanos, los ha arrebatado impetuosamente, y todos han volado á defender sus derechos, librándose en las manos de una Providencia bienhechora, que da y quita, erije y destruye los imperios, según sus designos.

«Este pueblo oprimido, semejante con mucho al de Israel trabajado por Faraón, cansado de sufrir, elevó sus manos al cielo, hizo oir sus clamores ante el sólio del Eterno, y compadecido este de sus desgracias, abrío su boca y decretó que el Anáhuac fuese libre.

«En el pueblo de Dolores se hizo oir esta voz, muy semejante á la del trueno, y propangándose con la rapidez del crepúsculo de la aurora y del estallido del cañon, hé aquí trasformada en un momento la presente generación en briosa, impertérrita, y comparable con una leona que atraviesa las selvas, y buscando sus cachorillos se lanza contra sus enemigos, los despedaza, los confunde y persigue.

«No de otro modo, Señor, la América irritada y armada con los fragmentos de sus cadenas opresoras, forma escuadrones, organiza ejércitos, instala tribunales, y lleva por todo el continente sobre sus enemigos, la confusión, el espanto y la muerte.

«La libertad, este don del cielo, este patrimonio cuya adquisición y conservación no se consigue sino á precio de sangre, es de los más costosos sacrificios, cuya valía está en razón del trabajo que cuesta su recobro, ha cubierto á nuestros hijos, hermanos y amigos del luto y amargura; porque ¿quién es de vosotros el que no haya sacrificado algunas de las prendas más caras de su corazón? ¿Quién no registra entre el polvo de nuestros campos de batalla el resto venerable de algún amigo, hermano ó deudo? ¿Quién el que en la soledad de la noche no vé su cara imagen, y oye sus acentos lúgubres con que clama por la venganza de sus asesinos? ¡Manes de las Cruces, de Aculco, de Guanajuato y Calderón, de Zitácuaro y Cuautla! ¡Manes de Hidalgo y Allende, que apenas acierto á pronunciar y que jamás pronunciaré sin respeto, vosotros sois testigos de nuestro llanto! ¡Vosotros, que sin duda presidís esta augusta asamblea, meciéndoos plácidos en derredor de ella... recibid á par que nuestras lágrimas, el más solemne voto que á presencia vuestra hacemos en este día de morir ó salvar la patria... *Morir ó salvar la patria!...* dejéseme repetirlo.

«Estamos, señores, metidos en la lucha más terrible que han visto las edades de este continente: pende de vuestro valor y de vuestra sabiduría, la suerte de siete millones de americanos comprometidos en vuestra honradez y valentía: ellos se ven colocados entre la libertad y la servidumbre. ¿Decid ahora si es empresa árdua la que acometemos y tenemos entre manos? Por todas partes se nos suscitan enemigos que no se detienen en los medios de hostilizarnos, aun los más reprobados por el Derecho de Gentes, como consigan nuestra reducción y exclavitud. El *veneno*, el *fuego*, el *hierro*, la *perfidia*, la *cábala*, la *calumnia;* tales son las baterías que nos asestan y con que hacen la guerra más cruda y ominosa.

«Pero aun tenemos un enemigo más atroz é implacable, y ese habita enmedio de nosotros... Las pasiones, que despedazan y corroen nuestras entrañas, nos aniquilan intensamente, y se llevan además al abismo de la perdición innumerables víctimas!... Pueblos hechos el vil juguete de ellas... ¡Buen Dios! yo tiemblo al figurarme los horrores de la guerra; pero más me estremezco todavía al considerar los estragos de la *anarquía;* no permita el cielo que yo emprenda ahora el describirlos; esto sería llenaros de consternación, que debo alejar en tan fastuoso día; solo diré, que sus autores son *reos, delante de Dios y de la Patria*, de la sangre de sus hermanos y más culpables con mucho, que nuestros descubiertos enemigos. ¡Tiemblen los motores y atizadores de esta llama infernal, al contemplar los pueblos envueltos en las desgracias de una guerra civil, por haber fomentado sus caprichos! ¡Tiemblen al figurarse la espada entrada en el pecho de su *hermano!* ¡Tiemblen al fin, al ver, aunque de lejos, á esos cruelísimos europeos, riéndose y celebrando con el regocijo de unos caribes, sus desdichas y desunión, como el mayor de sus triunfos!

«Este cúmulo de desgracias reunidas, á las que personalmente han padecido los heróicos caudillos libertadores del Anáhuac, oprimidos ya en las derrotas, ya en las fugas, ya en los bosques, ya en los paises calidísimos dañinos, ya careciendo hasta del alimento preciso para sostener una vida mísera y congojosa; léjos de aredrarlos, solo ha servido para mantener la hermosa y sagrada llama del patriotismo, y exaltar su noble entusiasmo.

«Permítaseme repetirlo: todo les ha faltado alguna vez, menos el deseo de *salvar la patria,* recuerdo tiernísimo para mi corazón!

«Ellos han mendigado el pan de la choza umilde de los pastores, y enjugado sus labios con el agua inmunda de las cisternas; pero todo ha pasado como pasan las tormentas borrascosas: las pérdidas se han repuesto con creces; á las derrotas y dispersiones, se han seguido las victorias; y los mexicanos jamás han sido más formidables á sus enemigos, que cuando han vagado por las montañas, ratificando á cada paso y en cada peligro, el voto de salvar la patria y vengar la sangre de sus hermanos.

. . . . . .

«Al 12 de Agosto de 1812 sucedió el 14 de Setiembre de 1813: en aquel se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre, en México Tenoxtitlan; en este se rompen para siempre, en el venturoso pueblo de Chilpancingo!»

Aquella voz que resuena aún en el cielo de nuestro siglo, pronunció sus últimas palabras como la profecía del porvenir.

Un aplauso nunca oido, una voz salida de todos los corazones, respondió á los acentos solemnes del héroe.

Después, como con homenaje á la tolerancia de la nación, se leyó un manifiesto de Morelos, en que daba cuenta de sus acciones, como si el mundo entero no las supiera.

El caudillo pedía órdenes á la asamblea para continuar en sus conquistas.

Los miembros todos de aquel memorable Congreso, nombraron por unanimidad al cura de Carácuaro, al humilde párroco, *Generalísimo* del ejército mexicano.

III.

Los hombres ilustres de aquella asamblea, no dejarían aquel sagrado recinto sin pronunciar su última palabra.

Profetas del porvenir, augurarían la independencia mexicana; vaticinarían la libertad de un pueblo.

Después... vagarían proscritos y miserables en su misma patria, condenados á muerte, buscados por sus enemigos, y dispersados por el huracán del infortunio.

Los hombres desaparecieron; pero sus hechos quedaron consignados en el libro eterno de la historia, y las generaciones escriben con letras de oro esos nombres que recuerdan un gran principio á la humanidad.

La nación entera vá á ponerse de pie, y á escuchar con la frente descubierta las palabras de su consagración en el augusto templo de las nacionalidades.

Acta de la Independencia Mexicana.

«El Congreso de *Anáhuac*, legítimamente instalado en la ciudad «de Chilpantzingo de la América Septentrional por las provincias de «ella, declara solemnemente á presencia del Señor Dios, árbitro mo«derador de los imperios y autor de la sociedad, que los da y los «quita; según los designios inescrutables de su providencia, que por «las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de «su soberanía usurpado: que en tal concepto queda rota para siempre «jamás y disuelta la dependencia del trono español: que es árbitra «para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y «felicidad interior: para hacer la guerra y paz, y establecer alianzas «con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que «para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano para el ré«gimen de la Iglesia católica, apostólica romana, y mandar embaja«dores y cónsules: que no profesa ni reconoce otra religión más que «la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra «alguna: que protejerá con todo su poder, y velará sobre la pureza «de la fe y de sus demás dogmas y conservación de los cuerpos regu«lares. Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga di«recta ó indirectamente á su independencia; ya protegiendo á los eu«ropeos opresores, de obra, palabra, ó por escrito; ya negándose á «contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la «guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones

«extranjeras; reservándose al Congreso presentar á ellas por medio de «una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes el mani«fiesto de su quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por «la Europa misma.—Dada en el palacio nacional de Chilpantzingo á «seis días del mes de Noviembre de mil ochocientos trece.—Lic. *An«drés Quintana Roo*, vice-presidente.—Lic. *Ignacio Rayón*.—Lic. *José «Manuel de Herrera*.—Lic. *Cárlos María de Bustamante*.—Dr. *José «Sixto Berduzco*.—*José María Liceaga*.—Lic. *Cornelio Ortiz de Zárate*.»

IV.

El generalísimo del ejército independiente, salió después de esta augusta ceremonia al campo de los combates.

El sol había llegado á su zenit.

Desde aquel momento comenzaba á declinar en el áreo gigante de la revolución.

Aquel génio de la gloria militar tendría su Ocaso.

¡Dios, que lo había amparado en las batallas, le dejaría caminar sereno al apoteósis de los héroes... al cadalso!

Ya no era aquella nave empavezada que partía en pos del nuevo mundo de la libertad: era el bajel combatido por las olas y las tormentas, que perdía su arboladura y encallaría al fin en las rocas, para hundirse después en los abismos de la predestinación.

La humanidad combatiendo con su destino; ¡Dios, señalando con su mano esa vía que conduce al último puerto, por donde atraviesa el hombre impulsado por la volutad eterna!

CAPITULO XIX.

De la reunión de las tres esmeraldas.

I.

Mientras que la población de Chilpancingo se entregaba al regocijo entusiasta de las solemninades cívicas, dos oficiales del ejército insurgente arreglaban en su alojamiento las condiciones de un duelo.

—Señor Fernandez, decía el capitán Alvárez, es necesario tratar este negocio con la mayor reserva.

—He pensado mucho, y aún no estoy decidido: el capitán Fonterravía es un prisionero, y creo que la condición de los combatientes debe ser absolutamente igual.

—Entre caballeros importa poco esa observación, porque no dando ventaja alguna á la hora del lance...

—Perdone usted si lo interrumpo: no se trata precisamente de ellos, sino de nosotros; podría pensarse que abusamos, y esto nos coloca en una situación por lo menos equívoca.

—Haremos firmar á Fonterravía un documento en que conste la verdad de los hechos, y estamos salvados.

—Acepto, y entremos desde luego en las cláusulas del desafío.

—Entremos